

que lo que tú practicares con ellos, eso mismo practicarán contigo los que te sobrevivan en este mundo.

*La comunión sacramental sirve de consuelo imponderable á las mismas almas.*

**1044.** Si el ayuno, y la abstinencia, y la limosna, en una palabra: si cualquiera obra buena sirve de consuelo y alivio á las almas del purgatorio; ¿cómo no servirá la comunión sacramental recibida á intención de las mismas? Tanto más sublime es un acto cuanto que por él se reciba mayor gracia de Dios, y por nuestra parte alcanzamos mayor perfección. De consiguiente, como esta acción por sí misma es más excelente, y nosotros por ella nos hacemos más agradables á Dios, claro está que será de mayor alivio á aquéllos por quienes la ofrecemos, que otras obras que no revistan tanto grado de excelencia. Ésta es, pues, la comunión sacramental, respecto de las otras obras buenas, á excepción del Sacrificio de la Misa. Por ella, las almas de los fieles difuntos obtienen un socorro indecible, pero cierto, porque el Señor no deja de aceptar una obra santa y pura como es la recepción de sus santísimos Cuerpo y Sangre en favor de sus almas queridas. La tradición, ese órgano fiel de las costumbres de nuestros antepasados, canta con sus inimitables voces lo que puede la comunión sacramental en obsequio de las prisioneras de que nos ocupamos. Cuando una de las almas benditas pasa á la eternidad, la familia de las mismas convoca á sus vecinos, y les ruega, y aún les insta, que tengan la amabilidad de oír una misa y aplicar la comunión por la interesada. Y al efecto; el templo de Dios contempla uno de estos actos bellísimos, hijos del amor cristiano. Bien podemos asegurar, que semejante acción verificada con fervor y con entera limpieza de conciencia, es como si las almas del Purgatorio la ejecutaran, porque de nuestra parte les cedemos la obra, y Dios por la suya ha aceptado el acto de caridad en un grado más ó menos estimado, pero infaliblemente acogido.

He ahí como la Eucaristía influye poderosamente en la Iglesia purgante, derramando el bálsamo riquísimo de su amor en unas almas que fueron un día receptoras del Sacramento Santísimo.

**1045.** Pero hay todavía más: nuestra fe se robustece poderosamente ante la arqueología cristiana de los primeros siglos, que viene á consolidar la trabazón mágica existente entre el Purgatorio y la Eucaristía. El asunto merece que nos detengamos lo preciso para ilustrar nuestros conocimientos.

En efecto: hemos afirmado que todas, absolutamente todas las liturgias están conformes en la fe del lugar de expiación de las almas, á quienes por medio de la Misa podemos aliviar. «Acordaos, Señor, dice la liturgia de S. Gregorio Alejandrino, (1) de los que han muerto en la fe ortodoxa y que son nuestros padres y nuestros hermanos: haced que sus almas descansen con los Santos y los justos. Introducidlos en el lugar siempre primaveral, en el agua de la reparación, en el paraíso de la voluptuosidad, y con aquéllos cuyos nombres hemos recitado.» Y como esta liturgia, son todas las orientales. Pero la liturgia Romana, modelo de todas las demás, puede servirnos también de punto de partida para extendernos en la clase de consideraciones arqueológicas apuntadas. En su bello canon recita el sacerdote las siguientes palabras: «Á ellas, (las almas) Señor, y á todos los que duermen en Cristo, dadles un lugar de alivio, de luz y de paz,» *locum refrigerii, lucis et pacis*; elementos que constituyen la felicidad eterna, cuya privación sufren las almas expiantes. El Sacerdote, pues, y los fieles, en la Misa y por medio de ella, se interesaban por la felicidad de estos espíritus. Un altar con una Hostia y un Cáliz, y en derredor suyo el celebrante, puesto de pie como principal mediador, y los fieles hincados de rodillas, atentos á la Oblación y en actitud suplicante, orando por los que en este mundo fueron, de muchos de los cuales creen con fundamento que expían sus faltas... ¡qué cuadro tan grandioso!

(1) Ap. Renaudot. I, pag. 113.



Sus lápidas funerarias no ofrecían un aspecto tan lóbrego como las paganas; su natural tristeza iba mezclada con la esperanza alegre que denotaban sus optativas inscripciones, porque aquellas almas, cuyos cuerpos estaban allí enterrados, fuesen en breve á gozar del refrigerio delicioso, de la luz inextinguible y de la paz eterna en la gloria. Los votos se dirigían á Dios, á los santos, á las mismas almas del purgatorio, y hasta se reclamaba la intercesión de los demás. He aquí un ejemplo de todo esto:

1.º DEVS TE PRECOR VT PARADISVM LVCIS POSSIT VIDERE: Señor, yo te suplico que él consiga ver el paraíso de la luz (1).

2.º *Pet (ite) ut Verecundus cum suis bene naviget:* Pedid para Verecundo y para los suyos una navegación feliz (2).

3.º SPIRITVS REQVIESCAT IN DEO PETE PRO SORORE TVA: Descanse en Dios tu espíritu, y ruega por tu hermana (3).

4.º QVISQVIS DE FRATRIBVS LEGERIT ROGET DEVM VT SANCTO ET INNOCENTI SPIRITV AD DEVM SVSCIPIATVR: Cualquiera de los hermanos que leyere este (epitafio) que ruegue á Dios porque la santa é inocente alma sea admitida cerca de Dios (4).

El deseo de que las almas alcanzasen el suave refrigerio vese expresado asimismo en muchos lugares; v. g. DEVS REFRIGERET SPIRITVM TVVM: Dios refrigere tu espíritu; venía á ser este refrigerio el alimento celestial y eterno que espera á los justos en el cielo.

Pero sobre todas las fórmulas expresadas, ninguna como la que denota la paz eterna que se desea al difunto, la cual arranca del mismo sentimiento de la Iglesia universal, consignado en su liturgia y que ya hemos indicado. Repito que el sacerdote en la Misa pide para los difuntos expiantes un

(1) Le Blant. Rep. á une lelt. de 1680, pag. 13.

(2) De' Rossi, Roma sott., t. II, pag. 381.— Se refiere á los Santos Papas mártires, sepultados cerca de aquellas lápidas.

(3) Boldetti, pag. 418.

(4) Lupi. Sev. epitaph., pag. 167.

lugar de paz: luego el cielo se significa por la paz deseada. Según los más notables arqueólogos la fórmula *in pace*, hallada en la casi totalidad de las sepulturas cristianas, proviene del *par vobis* evangélico, y, á excepción de los sarcófagos judíos, no tiene similar en ninguna lápida pagana. Un enterramiento cristiano se conocía en seguida como hoy se conoce por la aclamación fúnebre *Requiescat in pace*; pero en el sentir de los mismos eruditos dicha aclamación, ó bien es una oración por los difuntos, ó una afirmación de su felicidad, ó finalmente, un testimonio de la ortodoxia de su fe. La primera acepción fué la más general, y en este supuesto leemos: VICTORI IN PACE—BENEMERENTI IN PACE—TECVM PAX CHRISTI—SPIRITVM CAPRIOLES. IN P.—CVIVS ANIMA IN PACE REQVIESCAT—VIVAS IN PACE.—«Victorio (duerme) en paz.—Descanse en paz, Benemerento.—Contigo sea la paz de Cristo.—Descanse en paz el alma de Caprioles.—Duerma en paz tu alma.—Vive en paz (1)».

Mas insisto, ¿qué es lo que pretendía la santa cristiandad naciente, al grabar en el mármol las aclamaciones fúnebres de referencia, sino manifestar elocuentemente su convicción del purgatorio en el cual suponía que podría estar aún el alma, cuyos restos tras la losa fría se mostraban? Y semejantes aclamaciones no eran más que un remedo del canon litúrgico; y este canon, recitado por el sacerdote ante la tumba de los difuntos en las catacumbas, venía á coincidir con las palabras funerarias escritas en la misma. Los fieles pedían la paz del difunto por medio de la Eucaristía; y Jesucristo, desde este Sacramento, solicitaba la misma gracia á su Padre. El punto de reunión era la Colecta, y el medio de acción la Eucaristía. ¡Qué armonías tan bellas!

Por una de esas raras coincidencias, el simbolismo primitivo del purgatorio es el simbolismo antiguo de la Eucaristía. En mil sarcófagos cristianos es representado el profeta Habacuc, llevando alimentos á Daniel, sepultado en la fosa de los leones. En Brescia, Habacuc, vestido con estrecha

(1) Véase á Martigny, art. *In Pace*.



clámide y asido de los cabellos por la mano del ángel, ofrece en ambas manos al profeta Daniel, que aparece desnudo, un cestito con un pan y un pez, doble símbolo de la Eucaristía; pero en el medallón de bronce de la colección del Vaticano, se ve á aquel profeta con la mano izquierda extendida sobre el borde de una valla que rodea la cueva, ofreciendo á este otro un vasito en forma de naveta que contiene alimentos desconocidos, mientras que en la derecha lleva el bastón pastoral. Estos alimentos, según muchísimos santos Padres, son los consuelos espirituales que los vivos llevan á las almas del purgatorio (1).

Hemos visto, que la paloma con el verde ramo de olivo en el pico es un bello emblema de la Eucaristía, puesto que significa la Sagrada Comunión como prenda cierta de resurrección á la gloria; y este mismo simbolismo, grabado en millares de sarcófagos cristianos de las catacumbas, representa la esperanza en el cielo del alma del difunto por medio de los sufragios de los vivos. Unos mismos emblemas denotando ambos asuntos de la Eucaristía y el Purgatorio. Por medio de aquélla se redimen las almas aherrojadas en éste. ¡Qué coincidencias tan admirables!

**1016.** Mas no son únicamente los primitivos tiempos los que ofrecen grandes ideas acerca del fuerte lazo que existe entre la Eucaristía y la Iglesia purgante; son también los siglos posteriores los que nos proporcionan pensamientos semejantes. En efecto: debemos tender nuestra mirada hacia los cementerios cristianos de todos los siglos, y si los hallamos, como fué lo general, dentro de los templos, observaremos que ante sus tumbas imponentes se alzaban los altares del Sacrificio; si los encontramos como al presente fuera de unos lugares tan santos, notaremos en seguida que no carecen de fúnebres aras sobre las cuales se inmola á Dios la Hostia santa en propiciación del reato de los difuntos que murieron en la paz del Señor. Tanto en aquéllos como en éstos, las inscripciones de las frías losas que

(1) Véase á Aringo II, 504 y á Martigny, art. Daniel, 2.º.

cubren los humanos restos, vienen á ser las mismas en su esencia. Es el *Requiescant in pace* que pronuncia el sacerdote en el canon y al terminar la Misa. ¡Que las almas descansen en paz por medio del valor del Sacrificio!

Esta liturgia sagrada de los muertos aquilata aún más el valor del nexo resistente que se nota entre el dogma del Purgatorio y el de la Eucaristía. Ella es el eco robusto de todas las edades y de todas las naciones católicas: *Requiem æternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis*, pide el sacerdote en la Misa; y poco después eleva á Dios esa inimitable súplica, llamada *Ofertorio*, tan tierna y de tanta valía: «Oh Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del lago profundo (purgatorio): líbralas de la boca del león, no las trague el infierno, ni caigan en las tinieblas: sino que el abanderado S. Miguel las manifieste en la luz santa...» Toda la Misa de Réquiem es un supremo esfuerzo que la Iglesia hace por el eterno descanso de los fieles difuntos por quienes se aplica. Así como la paz es el simbolismo del cielo, también lo es la luz; y la Esposa del Cordero desea para las almas esta luz inextinguible, señal inequívoca de felicidad perdurable. Después que ha sido inmolada la Hostia divina, el sacerdote, lleno de emoción grande, insiste cerca de Jesucristo: «Que la luz eterna brille para las almas y que vivan para siempre con los santos... *Tú, que eres piadoso.*» El sacerdote, á la verdad, no puede solicitar otra cosa mejor, ni escoger una influencia más poderosa que la del Salvador: *Tú, que eres piadoso.* Los fieles unen sus corazones y sus voces con la del celebrante; éste con las de los santos y con la de Jesucristo, y las almas sienten al propio tiempo que sobre ellas es vertido el bálsamo curativo de sus llagas y dolores; que las esposas con que están atadas caen por sí mismas; que desaparecen las tinieblas y que se abren para siempre las puertas que dan paso al refrigerio, á la luz y á la paz sempiternas. ¡Oh santa Eucaristía! ¡que virtudes tan mágicas cerca del Purgatorio posees!

Pero es que todo el mundo católico, en cuanto tiene noti-



cia de una defunción, los primeros sufragios que se le ocurre ofrecer por el difunto es la santa Misa; y los parientes, y los amigos, y los conocidos, y los extraños, y hasta algunas veces los enemigos, más ó menos devotos, entran en el templo, y, si no comulgan por el alma del finado, oyen al menos uno ó más Sacrificios. Es el grito del universo cristiano que proclama á la Divina Eucaristía como medio eficaz del pronto descanso de las almas de los difuntos.

**1017.** Estas mismas almas, aparecidas rara vez á los vivos, no han solicitado otra cosa por su eterna felicidad. Una crítica insana ha pretendido en nuestros tiempos negar semejantes apariciones sin tener en cuenta, si no es atea, que nada hay imposible para Dios; y que, si el Hacedor puede dar vida al que no la tenía y crear de la nada al ser, mucho más fácil le será revestir á los espíritus de formas corporales, ó animar el cuerpo desfigurado ó corrupto de un muerto; ya que en el día de sus venganzas eternas soplará sobre los huesos áridos y volverán á la vida. Si es todo esto una verdad de fe, también es certísimo que no todos los casos de apariciones que el vulgo refiere son un hecho: la verdad, la ciencia y la prudencia se imponen ante unas relaciones históricas semejantes. Pero esto no es el fondo de nuestro asunto; he apuntado estas ligeras ideas para llegar á consignar que una observación racional de veinte siglos viene á declararnos que en general las apariciones de los difuntos, aparte que vinieron á cumplir la misión que Dios les ordenara, entre los sufragios que solicitaron de los vivos, se enumeraron siempre los sacrificios eucarísticos; prueba inequívoca de que la Misa es el obsequio óptimo que podemos ofrecer por el descanso de las almas expiantes; prueba inequívoca de que la Eucaristía es la salvadora de dichas almas. Inútil es añadir que todos los Santos P. P. y Doctores, juntamente con el Tridentino, las historias eclesiásticas y las tradiciones populares, conspiran unánimes en defender esta verdad importante.

El beato Enrique Susón concertó con un amigo religioso, que el que sobreviviera celebraría dos misas por el difunto.

Murió el compañero del beato, olvidándosele á éste el convenio referido, por más que no dejaba de socorrer al finado con muchos ayunos y penitencias. Apareciósele el alma de éste, quejándose amargamente de que no la había socorrido: á lo cual añadió el siervo de Dios, que en efecto la había sufragado con varios géneros de penitencias.—Nada basta, replicó el difunto, hasta que la Sangre de Cristo, que se ofrece en la Misa, caiga en el purgatorio para apagar sus llamas.—En vista de esto, Enrique celebró las dos misas, al cabo de las cuales, volvió á aparecerse el mencionado difunto, contándole que, hallándose libre de las penas, disfrutaba del gozo eterno (1).

¡Feliz el hombre que sepa aprovecharse de la santa Eucaristía en su estrecho vínculo con el dogma del purgatorio!

(1) Histor. Prædic., in vita ejus.